

El enfoque sociológico del sistema internacional*

MARCEL MERLE

Universidad de París I

Hay pocos campos del conocimiento que hayan dado lugar a tan ásperos debates epistemológicos como el estudio de las relaciones internacionales. Algunos autores llegan incluso a negar la existencia de una disciplina cuyo carácter específico irreductible es proclamado por otros. Simple campo de investigación, ya trazado para unos por la ciencias fundamentales (Historia, Derecho, Economía, Geografía, etc.), constituye para otros un enfoque autónomo que no se confunde con la aportación atesorada por las otras especialidades. Si se pasa de la teoría al nivel de los métodos de investigación, las divergencias en los puntos de vista no son menos acusadas: ¿hay que privilegiar el enfoque empírico-descriptivo, centrado en la observación rigurosa de los acontecimientos y en el análisis cuantitativo de los datos, o bien considerar los fenómenos internacionales como los términos de una ecuación cuya solución nos permitiría acceder a los misterios de la naturaleza de las sociedades y del sentido de la historia?

Y así tantas otras controversias familiares a las que los expertos de la disciplina difícilmente pueden escapar. La elección de una orientación desde el principio determina la dirección de los trabajos y prejuzga, a menudo, sus resultados. Ahora bien, esta opción se complica debido a la falta de precisión del vocabulario que sirve para calificar las escuelas de pensamiento. El término *sistema*, referencia obligada para todos los que se aventuran en la exploración de este «universo despiadado», no escapa a esta regla. Este término posee varios sentidos según el contexto en el que es utilizado: no tiene nada que ver cuando se refiere a una unidad de medida (sistema métrico decimal), o cuando remite a la complejidad de un razonamiento o de una máquina... Pero el significado depende también del calificativo al que el sustantivo acompañe. Así, el sistema «diplomático» no tiene necesariamente el mismo sentido que el sistema «internacional» o «mundial». El uso banal del término no hace sino contribuir a su opacidad. Si se quiere evaluar correctamente el alcance y los límites del recurso a la noción de sistema para la comprensión de las relaciones internacionales, hay que empezar por reconstituir el origen y la filiación del término. Después, se realizarán las distinciones en función de los conjuntos a los que el lenguaje común aplica el mismo término.

* Traducido del francés por Milagros Fernández López a partir del original escrito por el autor para este número de la RIFP.

I. Vuelta al vocabulario

Reducido a lo esencial, el concepto de sistema puede ser definido como un conjunto de elementos dispares ligados entre sí por un vínculo estable. Esta definición se aplica, en primer lugar, al arte del razonamiento y forma parte de lo que Descartes llamaba *las reglas del espíritu*. Pascal manifiesta el mismo rigor cuando escribe: «Considero imposible entender las partes sin comprender el todo, pero doy también por imposible comprender el todo sin comprender las partes». En el discurso preliminar a la *Enciclopedia*, D'Alembert habla del «sistema general de las ciencias y de las artes», sin que se sepa muy bien si se trata de las facultades del entendimiento o del orden supuesto que gobierna en el mundo. Condillac deja subsistir la ambigüedad cuando exhorta a sus discípulos a practicar una estricta lógica para aprehender mejor «los conocimientos de la naturaleza (que) forman un sistema en el que todo está perfectamente ligado».¹ Por supuesto, los especialistas de las ciencias de la naturaleza no dudarán en adueñarse del concepto de sistema. Laplace expone, en 1796, «el sistema del mundo». Pero el uso del concepto va a permanecer durante un tiempo confinado, o al ejercicio de las facultades mentales, o a la observación de los fenómenos físicos. Parece que el espíritu humano haya sido reticente, incluso en el Siglo de las Luces, a tratar al hombre y a la sociedad de la misma forma que a la naturaleza. La resistencia de los últimos representantes de lo que A. Comte llamará la «edad metafísica» puede proporcionar una explicación, pero el voluntarismo inspirado por la teoría del *Contrato Social* de J.J. Rousseau da otra, también convincente. No es en el momento en el que el hombre descubre que le basta con querer ser libre cuando se acogerán favorablemente las teorías deterministas. Sólo un espíritu tan sedicioso como Holbach puede atreverse a escribir: «El hombre debe recurrir a la física y a la experiencia en todas sus indagaciones: debe consultarlas en su religión, en su moral, en su legislación, en su gobierno político, en las ciencias y en las artes, en los placeres, en las penas [...] Todos los errores de los hombres son errores de física; no se equivocan nunca mas que cuando descuidan remitirse a la naturaleza, consultar sus reglas, llamar a la experiencia en su ayuda». Este fragmento está extraído de una obra titulada precisamente *Sistema de la naturaleza* (1770).

Sin embargo, observadores tan diferentes como Hobbes y J.J. Rousseau habían captado y utilizado para las necesidades de sus demostraciones la analogía entre «naturaleza» y «sociedad». Hobbes tituló una de sus obras *Del cuerpo político*, en ella expone ya las razones que desarrollará, un año más tarde, en *El Leviatán* (1651), en favor de la conveniencia de un pacto social. J.J. Rousseau, en su *Discurso sobre la economía política* retoma una analogía quizás somera: «El cuerpo político, cogido individualmente, puede ser considerado como un cuerpo organizado, vivo y parecido al del hombre. El poder soberano representa la cabeza; las leyes y las costumbres son el cerebro; principio de los nervios y

sede del entendimiento, de la voluntad y de los sentidos, son los órganos —jueces y magistrados—; el comercio, la agricultura y la industria son la boca y el estómago que preparan la subsistencia común; las finanzas públicas son la sangre que una sabia economía, haciendo las funciones del corazón, manda distribuir por todo el cuerpo y los miembros que hacen funcionar, vivir y trabajar a la máquina...».

Sin embargo, de estas comparaciones, los autores citados no extraen ninguna conclusión «científica», sino principios que valen, sobre todo, por su carácter normativo. Hay que esperar el choque de la Revolución Francesa para ver desmoronarse la muralla mental que separaba hasta entonces el tratamiento de los fenómenos de la naturaleza de los relacionados con el comportamiento del hombre y de la sociedad. Sieyès será quien dé el paso decisivo cuando escribe en *¿Qué es el Tercer Estado?*: «Nunca se entenderá el mecanismo social si no se toma la determinación de analizar una sociedad como una máquina ordinaria, de considerar por separado cada parte y de reunir las a continuación todas, en espíritu, una tras otra, para percibir los acordes y comprender la armonía general que debe desprenderse de esta operación» (1789). La palabra «sistema» no es utilizada, pero todos los elementos del análisis sistémico están ya presentes en esta definición. Pero habrá que esperar aún una o dos generaciones antes de ver alcanzar su plenitud a la sociología («fisiología social» decía el Conde de Saint Simon en 1825), bajo la férula de A. Comte, con su obligado séquito: positivismo, determinismo, organicismo (Spencer).² Pero todavía no son más que balbucesos. Los autores que invocan la teoría de los sistemas se contentan, en general, con plantear afirmaciones de principio y se cuidan mucho de entrar en los detalles de una demostración que habría exigido recurrir a métodos de investigación desconocidos en la época. Las investigaciones de Villermé (*Tableau de l'état physique et moral des ouvriers dans les fabriques de coton, de laine et de soie*, 1840) o de Frédéric Le Play (*La réforme sociale*, 1864) son las únicas que se esfuerzan por aplicar de forma rigurosa la observación de las condiciones de vida y de las costumbres. Por otra parte, el debate se traslada al plano metafísico y, será necesaria toda la agilidad dialéctica de un autor como Alfred Fouillée, para intentar reconciliar las perspectivas deterministas del cientificismo triunfante y la creencia en las virtudes ilimitadas de la conciencia social.³

Este primer debate no está cerrado y, sin duda, nunca lo estará: hasta tal punto rechazan los hombres toda doctrina que niegue abiertamente la autonomía de la voluntad (individual o colectiva). Pero, desde finales del siglo XIX, la controversia se ha desplazado bajo la presión de los progresos realizados por las ciencias sociales. En los diferentes campos (Economía, Demografía, Geografía, Psicología, Ciencia Administrativa, Ciencia Política), se dispone hoy de una masa de datos que ya no tienen nada que ver con los oráculos de los fundadores del cientificismo y que relativizan la función, antes privilegiada, del político.

¿Estará este último en vías de desaparición? La cuestión no puede ser eludida. En cualquier caso, es planteada por las transformaciones de la teoría del sistema internacional. Para unos, éste permanece con y contra todo un *sistema de actores* que pone en presencia de los gobernantes o de las autoridades encargadas de representar colectividades fáciles de identificar y reducidas en número. Aquellos son los herederos de una tradición ancestral que se remonta a la edad (mítica) del recorte del espacio en entidades independientes. Para ellos, el sistema internacional será el que presida, en un momento dado, la configuración de las relaciones entre quienes deciden.

Para otros, por el contrario, el poder político se pulveriza a ojos vista y se encuentra cada vez más sometido a la presión de múltiples fuerzas, internas y/o externas, que imponen su conducta a los dirigentes bien situados. Para ellos, el sistema internacional no puede, pues, ser percibido ni comprendido más que a través del juego de estas fuerzas anónimas que determinan su naturaleza y condicionan su funcionamiento. Conviene centrar la atención en *el sistema de fuerzas* y no de actores.

¿Hay que elegir entre estas dos visiones de la realidad? ¿O quizás una tercera vía que subrayara la existencia de una relación dialéctica permanente entre una y otra estaría en definitiva más en consonancia con la complejidad de las cosas?

II. ¿Un sistema de actores?

Bajo esta denominación figura un concepto tradicional —e incluso muy antiguo— pero, siempre actual. La expresión «sistema diplomático», utilizada para describir la configuración de las fuerzas políticas en un momento dado, data del Antiguo Régimen. Se ha visto favorecida por la concepción patrimonial del poder y es aplicada incluso a colectividades consideradas como sujetos de pleno derecho. En el marco reducido de Europa (convertida desde el Renacimiento en el foco de las actividades internacionales), el juego diplomático podía ser considerado como una partida de ajedrez que transcurría entre un reducido número de personajes iniciados.

El principio del equilibrio invocado desde el siglo XVI, constituye una de las figuras clásicas de este ejercicio, en el que las potencias están a la búsqueda de la seguridad, gracias a un sutil entramado de alianzas destinado a contener al potencial adversario sin aniquilarlo o arriesgarse él mismo a ser aniquilado. Pero la historia de este período muestra lo difícil que es establecer y, más aún, mantener el equilibrio. En la realidad, se alterna con fases de preponderancia, en las que se ilustran, por turnos, las potencias a la búsqueda de dominación.

La ruina de la legitimidad dinástica habría podido poner término a este sistema. Pero la experiencia ha demostrado que el principio de la soberanía del Estado había sobrevivido a la caída de los Príncipes. Más aún, el triunfo progre-

sivo del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos vendrá a reforzar la legalidad del poder relativo al Estado por la legitimidad extraída de la nación. Aunque se da el caso de que las nuevas combinaciones diplomáticas llevan todavía el nombre de su inspirador y autor (Metternich, Bismarck, Delcassé...), de ahora en adelante estos dirigentes maniobran en la escena internacional en nombre y por cuenta de sus Estados. La sucesión de guerras y el fin o el giro de las alianzas constituyen los episodios tradicionales de esta competición, cuya existencia parece tener que prolongarse, más aún cuando el modelo de Estado europeo se extiende por el mundo y se convierte en el soporte universal de las relaciones internacionales hasta el punto (volveremos sobre el asunto), de que el vocabulario del *Ancien Régime* sigue sirviendo para calificar las configuraciones de fuerzas contemporáneas.

Pero hay que reconocer que este vocabulario era relativamente pobre y sin otro valor que el meramente descriptivo. Ni los historiadores ni los juristas habían pensado en explorar o explotar otros sentidos para extraer modelos de comportamiento. Únicamente los estrategas (Clausewitz, sobre todo) constituyen una excepción a la regla, pero no juzgan las maniobras diplomáticas más que en función del uso de la fuerza.

La ciencia política cogió el relevo tardía pero brillantemente gracias a la obra de Morton A. Kaplan (*System and process international politics*, 1967). Éste tuvo el mérito de identificar las seis configuraciones posibles de las combinaciones diplomáticas pero, también y además, de desmontar el mecanismo que garantiza el funcionamiento de cada una de ellas. Repleto de sólidas referencias históricas, este trabajo sigue siendo referencia obligada para los que quieren reflexionar sobre el sistema diplomático en diferentes épocas.⁴

Esto es tanto como decir que, a finales de nuestro siglo, el filón del sistema de actores no ha sido agotado. Si quedara alguna duda al respecto, bastaría con evocar las controversias que acompañaron y sucedieron a la guerra fría. A pesar del anticonformismo de algunos autores que, tomando sus deseos por realidades, asimilaban el Tercer Mundo o campo neutralista a una tercera fuerza mundial, creyendo poder discernir la llegada de una sociedad multipolar, todo el mundo parece estar de acuerdo, hoy en día, en considerar que el período de la guerra fría ha sido la ilustración más pura que pueda concebirse de «bipolaridad». Bien es cierto que los dos «Grandes» no controlaban la totalidad del «campo» internacional, pero la lógica del fenómeno nuclear tenía por efecto, primero, crear una jerarquía rigurosa entre los poseedores de los grandes arsenales nucleares y el resto de los países del mundo; segundo, establecer entre los Estados Unidos y la URSS una paridad que les impidiera tomar cualquier iniciativa en contra del otro. La estructura bipolar de las fuerzas estratégicas daba como resultado la instauración de una gestión «duopolítica» de los asuntos mundiales.

La caída del comunismo como fuerza política organizada y armada abre el

campo a numerosas conjeturas: algunos ven en el casi-monopolio americano el advenimiento de una época «unipolar» —aunque muchos expertos preveían, hace diez años, el irrefutable «declive americano»—;⁵ otros ven despuntar, a pesar de la inestabilidad reinante, una estructura tripolar que podría apoyarse en América del Norte (ALENA), Europa (reagrupada en torno a la Unión Europea) y un pilar asiático constituido por Japón y los países del ASEAN.⁶ Otros, desalentados todavía por la fragmentación de un sistema que al menos tenía la ventaja de garantizar un mínimo de estabilidad, renuncian a buscar una alternativa y no ven otra salida que la de la instauración de una especie de anarquía ascendente.⁷ Finalmente, otros prevén una reestructuración de las fuerzas mundiales en torno a una nueva discrepancia bipolar basada en el choque entre la civilización occidental y el integrista islámico.⁸

La incertidumbre que planea sobre el destino del sistema diplomático-estratégico, ¿no es más que un simple reflejo de una coyuntura pasajera, o hay que tomarla en consideración como el signo revelador de una conmoción en la naturaleza de las relaciones internacionales? La duda se plantea, ya que la recusación del monopolio reservado a los estados soberanos no data de la caída del Muro de Berlín y ya ha dado lugar a la construcción de nuevos modelos fundados en la combinación de las fuerzas más variadas que lidian en el ruedo internacional.

III. Un sistema de fuerzas

Para entender la fuerza de la corriente anti-Estado hay que remontarse hasta el descubrimiento de las leyes económicas. Liberales y marxistas tienen en común, al menos, que rechazan la intervención del Estado. Los primeros buscan reducir el papel del mismo al de un «vigilante nocturno», esto es, capacitado a duras penas para mantener el orden público, para permitir la expansión, tanto en el interior como en el exterior de las fronteras, de la libertad de los intercambios.

Marx, por su lado, estima que «las particularidades y contrastes nacionales de los pueblos desaparecen, cada vez más, al mismo tiempo que se desarrollan la burguesía, el libre comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción y de las condiciones que de ello se desprenden».⁹ Considera la Comuna de París como una «revolución contra *el Estado* como tal, contra ese monstruoso engendro de la sociedad» (*ibíd.*). Engels considera que tras el triunfo del socialismo, el Estado podrá ser «guardado con las hachas de guerra en un anticuario».¹⁰

Que haya o no una parte de quimera en estas creencias es irrelevante. Lo que importa es que la economía, liberal o socialista, se concibe como un sistema de vocación internacional que ya está —o debe estar en algún momento— liberada de la tutela de los gobiernos. La racionalidad en los comportamientos políticos debe sustituir a la arbitrariedad de las decisiones políticas.

Así, se inicia el proceso de Estado que, hasta entonces, había sido identificado con el sello de las llamadas «relaciones internacionales». En la brecha abierta así por los economistas, se precipitaron enseguida especialistas de todas las disciplinas con intención de exigir su parte del pastel: los geógrafos, inventores de la Geopolítica; los demógrafos, partidarios o adversarios de Malthus; los teóricos de la comunicación, orgullosos de sus éxitos fulgurantes contra los ancestrales obstáculos de la distancia y del tiempo; los ideólogos, cuyos productos representan fronteras; los ecologistas, preocupados por proteger la naturaleza y sus recursos contra las destrucciones de una absurda competencia entre colectividades nacionales.

Cada uno pretende, si no poseer la clave de los problemas, al menos conocer los factores que determinan el comportamiento de los actores, incluido el de los gobernantes de turno. De todo ello, se desprende una profusión de prohibiciones o de órdenes que, reflejadas en los medios de comunicación, contribuyen a neutralizar el poder político, a su vez enfrentado con los nuevos actores que se agolpan para entrar en escena.

En definitiva, no hay que extrañarse por ver surgir modelos alternativos al sistema diplomático-estratégico. Estos modelos generan numerosas versiones en función de la clase de fuerzas cuyo papel se privilegie o según las combinaciones que se atribuyan a las fuerzas en cuestión.

Los trabajos del Club de Roma inauguran esta segunda generación de modelos.¹¹ En lo sucesivo, estos modelos pretenden ser prospectivos, es decir, utilitarios. A partir de los parámetros introducidos en el marco de una situación dada, se elaboran una serie de hipótesis basadas en la probabilidad de combinaciones entre los diferentes factores. Pero este proceso quiere ser deliberadamente «sistémico»: «La comunidad mundial aparece como un “sistema”. Entendemos por tal un conjunto de elementos interdependientes y no una simple yuxtaposición de entidades que dispongan de una amplia independencia, como sucedía en el pasado [...] El enfoque sistémico consiste en considerar globalmente la totalidad de los elementos de una situación, en vez de aislar una única secuencia de datos, como hace el enfoque analítico, de uso obligado hasta ahora en toda investigación científica», escriben M. Mesarovic y E. Pestel en el 2.º Informe del Club de Roma.¹²

Esta asunción de rigor no ha impedido que surjan las controversias: se ha criticado la elección de variables introducidas en el modelo (población, inversiones, espacio geográfico, recursos naturales, contaminación, producción de alimentos) así como los criterios de cálculo utilizados para construir las curvas, el trazado de los bucles de retroacción y, todavía más, el contenido de las conclusiones.¹³ El Club de Río trató de invertir los términos del problema, empezando por fijar los resultados a alcanzar y corrigiendo, con este fin, las curvas situadas más arriba.¹⁴

Pero, el postulado de un «sistema de fuerzas» construido al margen del

juego de los actores político-estratégicos no ha sido cuestionado, excepto por el Informe elaborado por la OCDE, titulado *Face aux futurs*.¹⁵ Las mismas características se encuentran en los «modelos de desarrollo» que se suceden en los años setenta y ochenta, principalmente los de Willy Brandt¹⁶ y los de Vassily Léontief.¹⁷ La lucha contra el subdesarrollo (objetivo común de estos Informes) pasa exclusivamente por el crecimiento o por el cambio de implantación de las corrientes de inversión. Durante más de una década (y a pesar del nuevo período de tensión de la Guerra Fría), los autores insisten en argumentar sobre el futuro del mundo como si las fronteras ya hubieran desaparecido y como si los gobiernos se vieran reducidos a funciones honoríficas o protocolarias. Desde el final de la Guerra Fría, esta ofensiva, proclive a valorar fuerzas transnacionales agrupadas bajo la denominación de «mundialismo» o de «globalismo», ha tomado más auge.¹⁸ Todo transcurre como si, de ahora en adelante, el sistema de fuerzas estuviera destinado a sustituir al sistema de actores.

La nueva observación de los hechos podría llevar a moderar lo que pudiera denominarse, sin juego de palabras, los excesos del «espíritu de sistema». Pero el modelo de los «sistemas de fuerzas» obliga a dos tipos de observaciones puntuales: la primera, que las fuerzas en cuestión —y las corrientes por las que se expresan— sirven a menudo de cobertura para la intervención de nuevos tipos de actores que se niegan, de buena o mala fe, a presentarse al descubierto en la escena internacional. Excepto en lo relacionado con el papel de los factores puramente físicos (como el clima), el resto de las componentes del sistema global resultan, cuando uno se remonta a su origen, iniciativas privadas o colectivas. Por no dar más que un ejemplo: no habría presión demográfica (sobre población o despoblación) sin la decisión previa tomada por millones de parejas para procrear o no procrear. A este respecto, puede admitirse que las determinaciones, tan a menudo citadas, no existen en sí, sino que son el resultado, en un momento dado, de micro-decisiones tomadas con anterioridad por una multitud de actores. Razonando así, se evita caer en la trampa de un determinismo primario y, se restituye a los propios individuos su parte de responsabilidad en el vasto movimiento de los asuntos del mundo.

Esto no impide que, llegado un momento dado (digamos t), la sociedad internacional se vea bloqueada (montones de nieve) o arrastrada (ruptura de un pantano) por la irrupción de una presión fruto de comportamientos mantenidos con anterioridad ($t - 1$) y que van a pesar en el ocurrir de los acontecimientos ulteriores ($t + 1$). Esta visión de los hechos reduce la parte ilusoria imputable a la influencia excesiva de la teoría individualista, dada a multiplicar en exceso el número de actores. Pero no lleva a recusar la construcción de un «sistema de fuerzas».

La segunda observación se refiere a lo que podría llamarse, sin juegos de palabras, la indeterminación del determinismo. Quien dice «factor», dice influencia, es decir, relación entre una causa y un efecto; por lo tanto, determina-

ción —al menos parcial— de los comportamientos por una fuerza de origen externo. Ahora bien, las investigaciones efectuadas en los diferentes sectores de actividad internacional muestran que: 1) salvo en casos extremos, no puede remitirse a un único factor para la explicación de los hechos; y 2) que todo análisis multifactorial obliga a combinar el papel de numerosas explicaciones, según varíen sus proporciones en el tiempo y en el espacio (a no ser que se admita como dogma de fe la existencia de un factor «sobre-determinante»). El fracaso del marxismo en estas dos hipótesis debe ponernos sobre aviso. El meritorio esfuerzo llevado a cabo para sacar a la teoría de las relaciones internacionales de una excesiva consideración hacia los caprichos de los príncipes o hacia los cálculos de los estrategas ha permitido, no obstante, mejorar la comprensión del pasado e iluminar las vías de un futuro lejano. De momento, frente a situaciones concretas, en la teoría prevalece una parte irreductible de indeterminación y, en consecuencia, de elección ejecutada por quienes deciden. La duda de los miembros de la Unión Europea frente a las perspectivas de adoptar una moneda única y, en relación a las consecuencias de la ampliación de su institución a los países del Este europeo, ilustra adecuadamente esta conclusión.

El sistema de fuerzas y el sistema de actores no pueden ser disociados. Falta saber cómo combinarlos sin confundirlos.

IV. El sistema político

La expresión «sistema político» no se introduce hasta los años cincuenta. Hasta entonces, los contitucionalistas hablaban de los «regímenes políticos», es decir, basaban sus tipologías en las características formales (por lo tanto extrínsecas y muy a menudo jurídicas) de la vida de los distintos países: de ahí la distinción entre democracia y dictadura, parlamentarismo y presidencialismo, Estados unitarios / Estados federales, etc. Lo que a partir de ahora interesará a la sociología política, no es tanto el estudio de las reglas de funcionamiento de la organización política, sino el ejercicio de las «funciones» asumidas por ella. Así, Talcott Parsons asigna cuatro atribuciones principales a los sistemas políticos: la custodia de la identidad del grupo, la adaptación a las exigencias del entorno exterior, la orientación de las actividades del grupo y, por último, el mantenimiento de la integración en el interior del grupo.¹⁹

Este enfoque, calificado de «funcionalista», todavía está, en mayor o menor medida, inspirado en los postulados del «organicismo», sobre todo en aquellos autores que buscan demostrar en el uso de estas funciones la perpetuación, indefinida como tal, de una propiedad del grupo. A decir verdad, se trata de un proceso erróneo porque cabe apuntar con razón que un fallo de cualquiera de estas funciones puede suponer el disloque o la desaparición del grupo concernido.

El funcionalismo abre —más allá de la fecunda renovación del enfoque de

los fenómenos organizacionales— nuevas perspectivas de investigación. Así, el acercamiento a las ciencias de la naturaleza resalta que los sistemas son comparables a organismos «vivos», cuyos elementos están dotados de cierta plasticidad para responder a los desequilibrios internos y a las presiones procedentes del contexto externo.

Fue David Easton quien construiría un modelo pormenorizado del «sistema político».²⁰ Precisemos enseguida que su concepción excede con creces el campo de lo «político», concebido en el sentido estricto del término. Su proyecto es aplicable a todas las formas de organización, públicas o privadas, como lo demuestra el que especialistas de la ciencia administrativa o de la sociología de empresas lo hayan incorporado.

El núcleo central del modelo «eastoniano» reside en considerar toda organización como un conjunto situado en un doble contexto: interno y externo. De este conjunto emanan «demandas» (o exigencias) y apoyos (o ayudas), cuya combinación (*inputs*) constituye un desafío para el mantenimiento o estabilidad del sistema. Este elaborará una respuesta (*output*) que, a su vez, se insertará en el entorno según un mecanismo de retroalimentación (*feed-back* en inglés) que suscitará un nuevo *input* generado por el entorno. Se trata, pues, de un mecanismo circular, que partirá del exterior para retar al entorno interno o, al revés, se iniciará desde el interior para modificar el entorno externo. Es así como, por ejemplo, una empresa deberá adaptar su estructura y su modo de funcionar (contexto interno) a las exigencias del mercado (contexto externo), o bien adoptar a petición de los sindicatos o del progreso técnico (contexto interno) una estrategia ofensiva que alterara la situación de la competencia (entorno externo). El mismo razonamiento valdría, para una administración en interacción con su medio político-administrativo, para un Estado en permanente competición con otros Estados o para los retos de las firmas multinacionales.

En esencia, el análisis sistémico aspira a formalizar comportamientos que se inscriben dentro de la vida cotidiana de las organizaciones y que permiten evaluar la facultad —o falta de capacidad de las mismas— para adaptarse a los desafíos internos o externos.

No se trata aquí de explorar las conclusiones que podrían deducirse de los hallazgos de Easton. El único punto que debemos retener ahora es saber en qué medida el análisis sistémico permite mejorar la comprensión de las relaciones internacionales. Siempre y cuando se trate de una institución o de un fenómeno susceptibles de ser aislados y diferenciados de su entorno, recurrir a Easton no plantea especiales problemas, como demuestran los trabajos de Karl Deutsch (sobre teoría de la comunicación), de John Burton (sobre la diplomacia) o de Robert Cox y Harold Jacobson sobre el estudio de las relaciones internacionales.²¹ En cada caso, los autores se esfuerzan en definir el contexto externo, es decir, el conjunto de fuerzas y factores externos al sistema concernido. También se toman la molestia de analizar los engranajes y mecanismos de funcionamien-

to internos del sistema que deberá emitir, por turnos, *inputs* o *outputs* para poder mantenerse en equilibrio y para garantizar su supervivencia. Los autores europeos, sobre todo los franceses, demasiado limitados por los principios de la teoría clásica, acuden en contadas ocasiones a este método, utilizado asiduamente por los adeptos de la teoría económica y de la ciencia administrativa. Los trabajos de la Escuela anglo-americana ponen de relieve que nada se opone al uso del análisis sistémico para estudiar segmentos o secuencias de la actividad internacional.

Cabe incluso lamentar que sub-sistemas concretos delimitados dentro del sistema global no hayan sido objeto de investigaciones más avanzadas. Junto con los sub-sistemas estratégico, económico y financiero (ya identificados y relativamente conocidos), podría contemplarse el deslindamiento de otros sub-sistemas, como el «cultural» o los regionales y, sobre todo, tratando los demás sub-sistemas como partes constitutivas del entorno externo —para hacer surgir múltiples relaciones ocultas debido a la parcelación de las investigaciones. ¿Es la autonomía de los diferentes sub-sistemas, puestos en relación entre sí, completa o relativa? ¿Existen vínculos de dependencia o de subordinación entre ciertos sistemas comparados con otros? Quizás así pudiera explicarse, por ejemplo, la disyunción, sorprendente a primera vista, entre dos sectores colindantes como la economía y las finanzas o el tipo de relaciones entre tensiones estratégicas y estratos culturales.

Las posibilidades del modelo eastoniano aplicado al estudio de las relaciones internacionales no han sido agotadas. Quedan, no obstante, dos dificultades reseñables. David Easton concibió su enfoque con vistas a los sistemas políticos *internos*. Tratándose del sistema internacional en su conjunto, cuesta concebir cuál puede ser su entorno externo.

Desde luego, la «tierra» forma parte del sistema solar, que constituye él mismo una parte del sistema celeste. En calidad de ello, nuestro planeta está sometido a un entorno «físico» del que depende estrechamente (por ejemplo, en el clima). Pero, aunque puede constatarse una situación de determinismo, no existe en cambio posibilidad de retroacción por parte del sistema «tierra», porque el entorno de éste es puramente material y no implica ninguna capacidad de respuesta social. La exploración humana de la luna y las observaciones hechas a distancia de los planetas más alejados del nuestro no modifican en nada el diagnóstico de Pascal sobre «el silencio eterno de los espacios infinitos».

Por lo tanto, surge el interrogante de saber si el sistema internacional puede asimilarse al sistema político interno y ser considerado como tal. David Easton se planteó la pregunta y, no sin vacilaciones, respondió afirmativamente.²² Pero sus argumentos no dejan entrever una convicción. Antes que tratar de forzar la realidad para hacerla entrar en el modelo, es preferible invertir la proposición y admitir que la propiedad específica del sistema internacional con relación a los

sistemas políticos carece tanto de contexto externo como de modo de regulación adecuado.

Esta hipótesis no fue contemplada por los Antiguos. Incluso cuando entendieron que la tierra era redonda y le dieron la vuelta, dejaron en sus mapas inmensas extensiones bautizadas, *terrae incognitae*. A medida que el espacio fue dominado por la expansión europea, se empezó a tomar conciencia de la finitud de la tierra, pero se ha seguido creyendo, imprudentemente, que los recursos ofrecidos al hombre por la naturaleza eran inagotables. Tras la era de las conquistas se inició la de la explotación intensiva de un mundo cuyos límites no se intuían. Quizás Marx presintió la llegada de la crisis cuando analizó, en el texto citado, la irrefrenable expansión del capitalismo y la fatalidad de su autodestrucción: «El capitalismo [...] rompe todas las barreras que ponen trabas al desarrollo de las fuerzas productivas, al ensanchamiento de las necesidades, a la diversificación de la producción y de la explotación, y al comercio entre las fuerzas de la naturaleza y del espíritu. Sin embargo [...] la universalidad hacia la que tiende sin cesar el capital encuentra límites inmanentes que, llegado un momento en su desarrollo, le hacen aparecer como el mayor obstáculo a esta tendencia y le empujan a su autodestrucción».²³

Es difícil saber si, entre estos «límites», Marx incluía los de la naturaleza; pero que remita a la universalidad autoriza a establecer un vínculo entre el final de la conquista del espacio y la caída del capitalismo. Observemos de paso que el problema sigue en pie para el futuro ya que el «mercado», supuestamente mundial, está lejos aún de cubrir toda la extensión del planeta. En cualquier caso, fue un científico, matemático y filósofo de la segunda mitad del siglo XIX, quien hizo una llamada al hombre a la prudencia: «De rey de la Creación que era o creía ser, el hombre ha ascendido o descendido (como quiera entenderlo) al papel de concesionario de un planeta. Sondeando la extensión y el grosor de estas capas fósiles cuyo depósito ha exigido tanto millones de años, que tantas revoluciones han agitado antes de la aparición del hombre sobre la tierra, y que su industriosa actividad devora hoy tan rápidamente, el hombre ha podido [...] percibir que el futuro está medido, no sólo para los individuos sino también para las naciones, en otro sentido a como se creía antaño. Tenía que hacer valer un dominio, tiene una mina que explotar: y estas pocas palabras bastan para indicar bajo qué nuevo rostro van a presentarse, en lo sucesivo, los problemas más graves de la economía social, así como las condiciones de la vida histórica de los pueblos».²⁴

Esta misma aprehensión inspirará más tarde a Paul Valéry esta chocante fórmula: «El tiempo del mundo acabado comienza». Así se explica, al margen de los sinsabores del sistema diplomático-estratégico, el pesimismo de los años setenta, el malthusianismo que muestran los trabajos del Club de Roma (*Halte à la croissance*, título del primer Informe, de 1971) y los temores expresados por el movimiento ecologista.

Incluso si estos temores son exagerados, demuestran que el sistema internacional, si existe, no puede ser confundido con un sistema político ordinario y exige una evaluación diferente.

V. El sistema internacional

Para salir de este callejón al que hemos llegado, no queda más remedio que volver a la distinción entre «sistema de actores» y «sistema de fuerzas». El «sistema de actores» está constituido por quienes deciden, colocados a petición de los sujetos de derecho, qué son y siguen siendo los Estados. El «sistema de fuerzas» constituye el entorno interno y engloba el conjunto de corrientes que influyen en el comportamiento de los actores. La denominación de «sistema internacional» debe ser reservada a la combinación, única en su género, del sistema de actores y del sistema de fuerzas. Desde ahora, la postura del procedimiento está perfectamente clara: consiste en analizar las relaciones entre los actores y el entorno en el que están inmersos.

La peculiaridad de esta situación (reflejo de la especificidad de las relaciones internacionales) reside en que ya no hay escapatoria, y que la partida se juega, a falta de contexto externo, a puerta cerrada. Los Estados se ven sacudidos de frente, hoy en día, por el auge de fuerzas contradictorias, que controlan cada vez con más dificultad. Estas fuerzas, dominadas por la búsqueda de ganancias y por la espiral vertiginosa del avance técnico, tienden a maximizar la rentabilidad y la racionalidad de los comportamientos. Para conseguirlo, se ven abocadas a universalizar su campo de acción y a uniformizar su modo de intervención. El advenimiento (incluso simbólico) de un «mercado mundial», la puesta a punto de una red planetaria de comunicación instantánea (Internet) son signos inequívocos de la tendencia a la «globalización» que prevalece actualmente y que parece contribuir a la unificación del mundo. La caída del muro de Berlín y la desaparición (al menos provisional) de los bloques afectados han contribuido a acelerar el movimiento, pero sus manifestaciones son anteriores al fin de la Guerra Fría. Frente a las estructuras que se ordenan a escala mundial, la supervivencia de colectividades independientes y soberanas aparece casi como un anacronismo —en todo caso, como un freno a la búsqueda enloquecida de rentabilidad y de racionalidad. Pero el resultado de la competición entre el universalismo tecno-económico y la singularidad política no ha sido aún alcanzado. Los Estados tienen a recaudo cierto número de bazas. Son depositarios de los valores (lenguas, tradición) que constituyen la identidad nacional y que dan un sentido a la vida de la colectividad. Sometidos a la presión de fuerzas centrípetas y uniformizadoras, se arriesgan —como comprobamos en la actualidad— o a replegarse sobre la defensa de su integridad, o a estallar en facciones rivales y antagónicas. Ello explica tanto el resurgir inesperado de los nacionalismos como la frecuencia creciente de las gue-

rras civiles (que tienden a sustituir en el panorama de la violencia a las guerras internacionales y a las revoluciones).

Sin llegar a estas reacciones extremas, los Estados no carecen de medios para modificar el curso de las relaciones internacionales. Para luchar contra la competencia, intensificada por la restricción y la compartimentación del espacio, pueden recurrir al arsenal de las restricciones (arancelarias o no arancelarias), a los intercambios comerciales, al *dumping*, a las manipulaciones monetarias, a las variaciones del tipo de interés, a la concesión de ventajas fiscales o a la deslocalización de una parte de su producción. Accionar la válvula de apertura de las fronteras puede modificar la consistencia y la trayectoria de las corrientes migratorias. La relación de interdependencia en la que los Estados se ven comprometidos a vivir, no implica ninguna solidaridad, pero ofrece a cada uno, junto a ciertas ventajas, verdaderas capacidades dañinas con relación al prójimo.

Frente a la persistencia de esta anarquía congénita que sustenta la inestabilidad en las fronteras, los Estados han tratado de instaurar mecanismos de regulación —cuya manifestación más visible es la permanencia, ya adquirida en adelante, de las organizaciones intergubernamentales. Pero éstas permanecen, en la mayoría de los casos, bloqueadas para el ejercicio de sus funciones por la continuidad del principio de la soberanía de los Estados. Sin duda, uno de los rasgos más característicos del sistema internacional es verse sometido a un tipo de regulación que todos los observadores coinciden en reconocer defectuoso. La combinación del cierre del espacio (y su corolario: la limitación de los recursos) junto a la inexistencia de un poder adecuado de regulación, explican la fragilidad del sistema internacional. Esta fragilidad hace temer, a pesar del fin de la guerra fría, una implosión cuyos efectos serían más catastróficos todavía que los de los dos últimos conflictos mundiales.

Sin embargo, hay un punto en el que el pesimismo de los observadores debe ser corregido. En los años setenta el temor a un «recalentamiento» de la economía mundial hizo aparecer el espectro de la penuria, esencialmente en materia energética. Lo sucedido desde hace treinta años demuestra que este alarmismo no era fundado: nuevas fuentes de energía (sobre todo la nuclear) han sustituido parcialmente al petróleo. Este relevo comporta riesgos; las materias fisibles no son inagotables. Pero los descubrimientos científicos se suceden a tal ritmo que debieran permitir asegurar las necesidades esenciales de la colectividad humana. Las curvas demográficas muestran que ya hemos entrado en un período de transición que escapa a la maldición malthusiana. El crecimiento económico parece por fin alcanzar a zonas desheredadas como el continente africano. Los expertos vigilan la capa de ozono y han alertado contra los peligros de la deforestación.

No son más que unos ejemplos de entre muchos posibles. Frente a esto pueden ponerse los nuevos retos del sida o de la propagación de la enfermedad

de las vacas locas. Pero explorando simultáneamente los dominios de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, la ciencia abre a la especie humana perspectivas conmovedoras, de las que los avances conseguidos en el terreno de la biología dan una idea. Con toda certeza, nuestra vida cotidiana se verá profundamente modificada: los medios de transporte, nuestras costumbres alimenticias o de vestimenta, por no decir nuestras mentalidades.

La historia parece, en efecto, probar que el genio inventivo del hombre ha sabido siempre encontrar, a fin de cuentas, la respuesta a los desafíos de la naturaleza. No obstante, hemos llegado al estadio en el que los retos residen en el hombre mismo, incapaz de controlar las capacidades de transformación inducidas por el resultado de los descubrimientos científicos (cf. el debate abierto por la bioética). Dicho de otro modo, no se resuelve un problema más que desplazando o creando otro problema todavía más difícil de resolver... Esta es la incómoda posición del eterno aprendiz de brujo.

A este reto de la ciencia se añadirán las transformaciones políticas inherentes a la redistribución del saber y del poder resultantes. La jerarquización de las potencias se arriesga a verse modificada por el grado de dominio de los conocimientos científicos y de sus aplicaciones técnicas. Nuevas formas de dominación, más insidiosas pero más eficaces que en el pasado, están en germen en la competición entre los sabios, sus laboratorios y los situados en el extremo de la cadena. Contra este riesgo, no tenemos remedios; únicamente la posibilidad de plantear preguntas y de alertar a los responsables.

Nuestro único consuelo es comprobar, en un sistema cerrado, que los bucles de retroacción funcionan, a menudo, en dirección única y que la capacidad inagotable de innovación procedente del sector científico y técnico, a la larga, repercute inexorablemente en la estructura y funcionamiento del sistema político. A falta de soluciones adecuadas a las crisis, el análisis sistémico nos permite acceder a una mejor comprensión de las relaciones internacionales.

NOTAS

1. *La logique ou l'art de penser* (1823).
2. Henri de Saint-Simon, *Mémoires sur la science de l'homme* (1813), *Le système industriel* (1822), *Letres aux physiologistes* (1854), Auguste Comte, *Système de politique positive* (1873), Herbert Spencer, *La science sociale* (1873).
3. *La science sociale contemporaine*, 1880.
4. John Burton, *Systems, States, Diplomacy and Rules*, 1968.
5. Paul Kennedy, *Naissance et déclin des grandes puissances*, 1988.
6. Zaki Laïdi, *Un monde privé de sens*, 1994.
7. Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts, *Le retournement du monde*, 1992.
8. Samuel Huntington, «The clash of civilizations», *Foreign Affairs*, 1993.
9. *La guerre civile en France*.
10. *L'origine de la famille*.

11. *Halte à la croissance*, 1972.
12. *Stratégies pour demain. 2ème Rapport au Club de Rome*, 1974.
13. *L'anti-Malthus — une critique de «Halte à la croissance»*, 1974.
14. Amilcar O. Herrera, *Un monde pour tous*, 1977.
15. OCDE, *Face aux futurs. Pour une maîtrise du vraisemblable et une gestion de l'imprévisible*, 1979.
16. *Nord-Sud: UN programme de survie*, 1980.
17. *1999: l'expertise de Wassily Léontief*, 1977.
18. Cf. Badie y Smouts, *op. cit.*
19. *Le système des sociétés modernes*, 1973.
20. *Analyse du système politique*, 1974.
21. Karl Deutsch, *The analysis of International Relations*, 1968. John Burton, *op. cit.*, Robert Cox y Harold Jacobson: *The anatomy of influence. Decision making in International Organizations*, 1973.
22. David Easton, *op. cit.*, Postface a la edición francesa de 1974.
23. Marx, *Fondements de la critique de l'économie politique*, 1857-58.
24. Antoine Cournot, *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, 1854.

Marcel Merle. Catedrático de Derecho Público (1950), ha sido director del Instituto de Estudios Políticos de Burdeos, y en la actualidad es profesor emérito de la Universidad de París I. La mayoría de sus publicaciones están dedicadas a las «relaciones internacionales». Han sido traducidas al español: «La vida internacional» (Tecnos), «El anti-colonialismo europeo desde Las Casas a Marx» (Alianza) y «Sociología de las Relaciones Internacionales» (Alianza).